

## LA SANIDAD MILITAR ESPAÑOLA EN LA CAMPAÑA DE RUSIA

Carlos CABALLERO JURADO<sup>1</sup>

### *RESUMEN*

El presente artículo pretende evaluar el estado de la cuestión en el estudio del papel desarrollado por la Sanidad Militar española en la campaña librada por la División Azul en el frente de Rusia. Y, a la vez, también desea aportar, de manera preferente, los testimonios de personal sanitario, suboficiales y soldados, que no eran médicos titulados, pero que llevaron sobre sus hombros gran parte del peso en la atención sanitaria, muchos menos conocidos que los de los oficiales médicos; así como mostrar las opiniones de los «usuarios»: los integrantes de la División Azul que recibieron los cuidados de nuestras tropas sanitarias en aquella durísima Campaña de Rusia, en la que participaron entre 1941 y 1943.

*PALABRAS CLAVE:* División Azul. Historia de la Sanidad Militar española. Campaña de Rusia en la II Guerra Mundial.

---

<sup>1</sup> Nacido en Ciudad Real, en 1957. Profesor de Historia en Enseñanza Secundaria, ya jubilado. Autor de numerosos libros y artículos dedicados a la historia militar, una buena parte de ellos centrados en la División Azul. Su última aportación en este tema, un ensayo de más de 800 páginas, se cita en la bibliografía. Realizó su servicio militar como sargento de la Escala de Complemento y, posteriormente, formó parte de la Reserva Voluntaria como alférez.

*ABSTRACT*

This article aims to evaluate the state of the art in the study of the role played by the Spanish Military Medical Corps in the campaign waged by the Blue Division at the Russian front. And, at the same time, it also wishes to contribute, preferably, the testimonies of non-commissioned officers and soldiers, who were not qualified doctors, but who carried a large part of the weight of medical care on their shoulders, much less known than the of medical officers; as well as show the opinions of the «users», the members of the Blue Division who received the care of our medical troops in that very difficult Russian Campaign, in which they participated between 1941 and 1943.

*KEY WORDS:* Blue Division. History of Spanish Military Medical Corps. Russian Campaign in World War II.

\* \* \* \* \*

*UNA BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA ABUNDANTE Y VALIOSA*

**T**omás Salvador fue un soldado de la División Azul que, a su vuelta a España, se convertiría en un prolífico autor literario. Escribió, entre muchas otras, una obra dedicada a la unidad con la que había servido en la campaña rusa, *División 250<sup>a</sup>*, un clásico, profusamente reeditado. También fue durante mucho tiempo el editor de una publicación, *Hermandad*, que aspiraba a ser la portavoz de los veteranos de la División Azul, agrupados en las Hermandades de la División Azul, que llegaron a existir en todas las provincias españolas. Este hombre –reverenciado por quienes habían sido sus camaradas– dejó escrita su opinión de que la historia de la División Azul, División Española de Voluntarios, o División 250, ya que estos son los tres nombres que se usaron para ella<sup>2</sup>, no estaría escrita hasta que no existiese una monografía dedicada a cada uno de sus batallones. Ha pasado mucho tiempo desde entonces, y el objetivo no se ha alcanzado, ni remotamente, y eso que –desde hace algunos años– la bibliografía consagrada a la División

<sup>2</sup> Se usa en el presente artículo el de División Azul por ser, y con diferencia, el más usado. Las obras sobre la unidad escritas por quienes fueron su segundo comandante en jefe, el general Emilio Esteba-Infantes (*La División Azul*) y uno de sus jefes de Estado Mayor, José Díaz de Villegas (*La División Azul en línea*) lo demuestran.

Azul crece exponencialmente, tanto en cantidad como –con las inevitables excepciones– en calidad.

Y, sin embargo, para el capítulo de la presencia de la Sanidad Militar española en la Campaña de Rusia, el panorama es realmente satisfactorio. En buena medida, esta situación de privilegio se debe a la labor del doctor en Medicina e historiador Juan Manuel Poyato Galán, autor de una monografía sobre el tema difícilmente superable (y afortunadamente recién reeditada) y de un importante número de artículos de difusión, obras todas ellas citadas en los apartados de bibliografía y hemerografía, amén de haber pronunciado sobre el tema varias conferencias, siempre muy amenas y con el mayor éxito entre el público.

Pero nada surge de la nada, y el doctor Poyato se supo beneficiar de una serie de artículos publicados por oficiales médicos veteranos de la Campaña de Rusia que, a su regreso a España, dieron a conocer sus experiencias en la División Azul a través de la revista *Ejército*. Primer hecho digno de ser reseñado, en relación a su número en el conjunto de la oficialidad de la División, fueron los médicos militares los que con mayor entusiasmo usaron ese canal para transmitir lo que habían aprendido en Rusia, proporcionalmente bastante más que los infantes o artilleros. Los textos que firmaron los comandantes Servando Casas Fernández y Juan Jiménez Torres, el capitán Pedro Melendo Abad y el teniente Vicente Jabonero Sánchez (las graduaciones citadas son las que ostentaron durante su periodo de servicio en la División Azul) eran realmente interesantes. Otros textos aparecieron en *Revista Española de Medicina y Cirugía de guerra*, firmados por el comandante Luis Torres Marty, el capitán Fernando Lorente Sanz, y también por Alfonso Ribera Sánchis, integrado inicialmente en la División Azul como soldado voluntario al que –con excelente criterio– se le sacó de las trincheras para que ejerciera como odontólogo, su especialidad, siéndole reconocido el grado de brigada provisional. Todos estos textos aparecen en la hemerografía.

El de Ribera no fue el único caso de voluntario de la División Azul que llegó al frente decidido a batirse como infante, y que sin embargo acabó siendo debidamente identificado por la Jefatura de Sanidad, que sacó mucho mejor partido a su cualificación al asignarle tareas sanitarias. El caso más notable es, sin duda, el de Armando Muñoz Calero, que ya era un cirujano de prestigio cuando se alistó y que, cuando se le convenció para que abandonara la infantería, logró organizar un eficacísimo equipo quirúrgico junto a otros voluntarios de su mismo perfil, de los mejores que actuaron en Rusia. La amplia experiencia obtenida en la campaña le permitió, ya de regreso en España, publicar una obra profesional sobre el tema de las congelaciones,

tema este no demasiado frecuente en la literatura profesional médica española, libro referenciado en la bibliografía.

Y ya que estamos con publicaciones coetáneas a la experiencia, o casi, también es oportuno señalar que en *Hoja de Campaña*, el semanario que en Rusia editaba la División Azul para sus hombres, aparecieron varios artículos dignos de ser reseñados, explicando de forma muy correcta aunque con la censura correspondiente a tiempos de guerra, algunos aspectos de la organización sanitaria de la unidad, como los firmados por dos miembros de su Grupo de Sanidad 250<sup>3</sup>, el cabo Antonio Alcaraz y el sargento Enrique Casamayor.

Otro hecho que vino en ayuda del afán investigador del doctor Poyato es que los médicos divisionarios también fueron dados a escribir sobre la experiencia. Uno de los primeros libros publicados sobre la campaña fue el firmado por un médico valenciano de una vasta cultura y que a la vez pertenecía a la Escala de Complemento de Sanidad Militar como teniente, y marchó voluntario a Rusia, Enrique Errando Vilar (aparecido en 1943). Muchos años después, en 1960, el teniente profesional Juan Pablo d'Ors publicó otro, menos interesante pero entrañable (era hijo del gran escritor Eugenio d'Ors y se notaba la herencia), mientras que en 1985, uno de los civiles llegado como soldado y «repescado» para ejercer de médico, José Cogollos Vicens, editó sus memorias como médico en la Guerra Civil y la División Azul. El doctor Poyato también usó textos que permanecían inéditos de médicos divisionarios, como el de José Luis Cáceres García de Viedma, despertando el suficiente interés sobre esa obra como para que no mucho después viera la luz como libro. Tanto Cogollos como Cáceres, llegados como soldados, acabaron su presencia en la campaña asimilados a alféreces. El eco provocado por el libro de Poyato ha puesto «de moda» el tema de los médicos españoles en Rusia, por lo que la bibliografía se ha enriquecido recientemente con la edición a cargo de su hijo, el también doctor Pérez de Oteyza, del diario del capitán Antonio Pérez Gila. Estos textos aparecen referenciados en la bibliografía.

Y –siempre en la estela abierta por Poyato– en forma de entregas seriadas aparecidas en el boletín de la Hermandad de la División Azul de Alicante, han sido dados a conocer otros dos textos más debidos a oficiales médicos. Uno de ellos, de un oficial médico de las Escuadrillas Azules, contó con una cuidada anotación a cargo del médico e historiador Jesús Rueda Cuenca. Aunque con este formato resultan menos accesibles que como li-

<sup>3</sup> Dejando de lado el caso de sus tres Regimientos de Infantería (que ostentaron los números 262.º, 263.º y 269.º), el resto de las unidades de la División Azul usaron el número 250 en su denominación.

bros, el hecho es que las memorias de la campaña de los oficiales médicos José Luis Álvarez-Sala Moris y Juan Laá Infante han salido del olvido (se citan sus obras en la hemerografía). Estamos hablando, por tanto de siete testimonios de oficiales médicos, que a algunos les puede parecer poca cosa, pero que son muchos más que los que podemos encontrar de oficiales artilleros, por ejemplo, y es evidente que estos fueron notablemente más numerosos.

Ya he mencionado que el tesón investigador del doctor Poyato le llevó hasta el testimonio entonces aún inédito de Cáceres. No fue el único texto inédito que consultó, pues lo mismo hizo con el impresionante aunque no demasiado extenso diario del capitán José Manuel de Cárdenas Rodríguez, unas pequeñas memorias del teniente José María García-Bravo Ferrer y la extensísima y rica en datos memoria que presentó al regresar a España el teniente coronel Ramón Pellicer Taboada (todas estas obras, se referencian en el apartado de fuentes inéditas). Es una pena que el diario del capitán De Cárdenas, uno de los mejores cirujanos de la División Azul, no se haya publicado, aunque Poyato dio a conocer extensos fragmentos de él. Mucho más sorprendente es lo que ocurre con el libro registro de su equipo quirúrgico y aún más con la memoria del teniente coronel Pellicer, que se conservan en archivos privados (el que creó el antes citado oficial médico provisional José Cogollos y su familia mantiene con esmero), y hay que agradecerlo, porque de otro modo muy posiblemente se hubieran perdido. A su regreso a España, todos los oficiales con mando de regimiento, de batallón o grupo, y unidades y dependencias autónomas, debían rendir un informe en forma de memoria sobre lo aprendido en su servicio que pudiera ser de utilidad a nuestro Ejército. Debieron redactarse docenas de esas memorias, que sin embargo parecen haberse perdido en su casi totalidad. Si esta del teniente coronel Pellicer se ha salvado del olvido se debe a la pasión por conservar documentos del alférez médico Cogollos –también poseía un impresionante archivo fotográfico– a quien, de alguna manera, le llegó una copia; y que también se esforzó por preservar el libro registro del equipo quirúrgico de De Cárdenas, único de estos libros localizado a día de hoy cuando es evidente que debieron cumplimentarse muchos más.

Gracias al cuidado en custodiar esos documentos, el doctor Cogollos pudo publicar en la prensa que editaban los veteranos de la División Azul un gran número de artículos donde quedaba reflejada la actividad de los médicos divisionarios, en los boletines *Hermanidad* (de Barcelona) o *Blau Divisió*n (de Alicante). Gran parte de esos artículos los volcó en su libro. Lo aparecido en otros de esos boletines es solo de importancia muy marginal,

como pueda ser el artículo que firmo el capitán Camilo Pintos Castro en el boletín *Spansky Jarasho* (de Coruña).

Pese a lo que pueda sugerir lo antes comentado sobre el aparente extravío de documentos oficiales, como la memoria del teniente coronel Pellicer, no debemos caer en el alarmismo. Una de las personas a las que el destino puso en el camino del doctor Poyato fue César Ibáñez Cagna, veterano de la División Azul y que, en su jubilación, se convirtió en el mejor documentalista sobre la unidad. Y la gran noticia que pudo darle Ibáñez, y la correspondiente orientación, era sobre cuáles y dónde se conservaban los documentos sobre los servicios sanitarios de la División Azul. Gracias a Dios, una gran parte de ellos se ha conservado y este agradecimiento no es un recurso literario, ya que no son pocas las unidades y dependencias cuyos documentos parecen haberse perdido. En efecto, depositada inicialmente en el llamado Servicio Histórico Militar, en Madrid, y en la actualidad en el Archivo General Militar de Ávila, existe una amplia documentación al alcance de los investigadores que deseen profundizar sobre la actuación de la Sanidad Militar española en el frente del Este. Diarios de Operaciones del Grupo de Sanidad y de sus Compañías, órdenes e instrucciones del Grupo de Sanidad, informes mensuales de los hospitales establecidos en retaguardia, normas sobre el encuadramiento de enfermeras, etc. Materiales de archivo cuya explotación ya realizó en parte el doctor Poyato, pero que pueden ser objeto de análisis más exhaustivos.

Otra masa de información que espera un análisis pormenorizado son las historias clínicas que se archivaban en los expedientes de los divisionarios que eran hospitalizados. Unos documentos que puede llegar a ser exhaustivos y nos informan de cada paso que se daba en el tratamiento de heridos y enfermos. Eso sí, acceder a esas historias clínicas es mucho más complejo, ya que están archivadas en los expedientes personales, y habría que consultar una infinidad de ellos.

Y no puedo terminar este apartado sin citar la suerte que tuvo el doctor Poyato de poder consultar algún estudio previo sobre el tema que él había decidido analizar más en profundidad. En 1995, el oficial médico e historiador Jesús Bescós Torres había publicado un excelente artículo: *Misiones de la Sanidad Militar española en el extranjero: la Sanidad Militar en la División Azul*, que inevitablemente llamaba la atención. Gracias de nuevo a César Ibáñez, el doctor Poyato pudo localizar en el Archivo de la Fundación División Azul un manuscrito mucho más extenso de este mismo autor sobre el tema, de fecha anterior. Por desgracia este ensayo había quedado inédito, aunque desde luego el doctor Poyato reconoció explícitamente su deuda para con estos textos (referenciados en hemerografía y fuentes

inéditas respectivamente). En resumen, y para concluir, el doctor Poyato encontró sólidos cimientos sobre los que construir su investigación; el resto hasta lograr el brillante resultado final que fue su monografía era cuestión de voluntad, paciencia, y echar horas.

Cabe suponer que su libro ha despertado otros intereses en relación con la Sanidad Militar. Por ejemplo, recientemente se ha publicado una obra con los testimonios de dos sanitarios, un sargento –Blas Martín Jaume– y un soldado –José González Gras–, que sirvieron en una de las Compañías de Sanidad de la División. Desde siempre, los libros con memorias de veteranos de la División Azul que salían al mercado eran de infantes, artilleros, zapadores. Ahora, gracias a esta obra, los camilleros, que tan presentes están en los campos de batalla, ya están presentes también en los anaqueles. Y aunque no hayan encontrado aún forma de trascender al público, se siguen localizando textos de estos sanitarios, como el diario del sargento sanitario Gonzalo Pérez Vidaurreta, un testimonio del mayor valor, que quizá algún día vea la luz. O el del teniente médico Félix Leiro Nogueira. Que aparezcan nuevos testimonios inéditos no solo es posible, sino bastante probable en realidad.

También me consta que el ejemplo de *Bajo el Fuego y sobre el Hielo. La sanidad en la campaña de la División Azul*, la obra de Poyato, sirvió de estímulo a otro gran investigador, Ángel Carralero Daffos a consagrar su tesis doctoral a un tema sorprendente: los servicios de farmacia en la División Azul, que además ha encontrado su camino hasta el público al ser editada como libro. En algún artículo, Carralero ha vuelto a demostrar su capacidad para abordar temas en apariencia minúsculos, pero en realidad muy interesantes a efectos sanitarios, como mostró en texto consagrado a las medidas preventivas contra ataques de gases. De sus trabajos se da cuenta en la bibliografía y hemerografía.

La Sanidad Militar fue el único elemento divisionario que contó con mujeres, enfermeras en los hospitales de retaguardia. Varios divisionarios habían escrito –en la prensa que editaban los veteranos– artículos para homenajearlas, siendo de destacar los de los ya citados José Cogollos y César Ibáñez, y también el de Ángel Eustaquio Gil Martín. Un historiador especializado en los suboficiales de nuestras fuerzas armadas, Miguel Parrilla, trazó la biografía de una de esas enfermeras, en una publicación dedicada a los sargentos provisionales (tenían esa asimilación), y hasta se editó en forma de libro, pero con una circulación limitadísima, el diario de una de ellas, Monserrat Romeu Fernández. Y, sin embargo, ahora, como otro signo de los buenos tiempos que corren para el estudio del componente sanitario de la experiencia divisionaria, disponemos de un exhaustivo estudio sobre

estas enfermeras debido a otro riguroso investigador, Miguel García Díaz. Como último apunte en este estudio sobre fuentes, señalar que en el estudio sobre nuestra Veterinaria Militar que debemos a Luis Moreno Fernández-Caparrós y Heliodoro Alonso Feroso, el tema de los servicios veterinarios de la División Azul es tratado de manera exhaustiva, y no solo en relación con el cuidado de los caballos, sino también en su atención a la sanidad humana, pues no en vano eran veterinarios los mandos que estaban al frente de la Compañía de Carnización de la División, para asegurar que la carne que se ofrecía para su consumo a los divisionarios tuviera todas las garantías.

### *Unas notas sobre organización*

Más allá de que ambas compartían una estructura ternaria, no eran demasiadas las similitudes entre una división de infantería española y una alemana, tema que analicé exhaustivamente en un libro que consagré a la estructura de la División Azul como fuerza de combate (ver en bibliografía). Resumiendo mucho, diría que una división de infantería germana tenía el doble de efectivos –en hombres– y el triple o más en potencia de fuego. Como lógica derivación de este hecho, las unidades sanitarias de una división alemana eran mucho más potentes en efectivos y medios que las de una división española. Como la creación de la División Azul se hizo por trámite de urgencia, las plantillas alemanas que se usaron habían quedado desfasadas. El contingente que salió inicialmente se componía de dos compañías sanitarias, para operar en el frente, una sección sanitaria (para una unidad de depósito avanzada) y otra sección, para una unidad de depósito que se esperaba dejar en Alemania. Poco de esto sirvió, pues la estructura finalmente adoptada durante el proceso de reorganización e instrucción en Alemania era la siguiente:

- Una compañía de Hospital de Campaña (*Feldlazarett* en la terminología alemana): Compañía de Hospital de Campaña 250º.
- Dos compañías de sanidad: Compañía de Sanidad 1.ª/250º y Compañía de Sanidad 2.ª/250º.
- Dos secciones motorizadas de ambulancias: Sección de Ambulancias Automóviles 1.ª/250º; Sección de Ambulancias Automóviles 2.ª/250º.

Si la compañía de hospital ejercía como formación sanitaria de tratamiento, y las secciones de ambulancias como formaciones de evacuación,



las compañías de sanidad ejercían los dos papeles, pues contaban con secciones de ambulancias hipomóviles y camilleros, con funciones de evacuación, pero también disponían del personal y los medios para montar unos muy bien dotados Puestos de Socorro (*Hauptverbandplatz*, en la terminología alemana) con capacidad quirúrgica incluida, para funciones de tratamiento. A los sanitarios españoles estos Puestos de Socorro les parecieron auténticos hospitales de campaña. Las plantillas alemanas preveían además el contar con dentistas, oculistas y farmacéuticos en cantidades más numerosas de lo habitual en España.

También era más abundante el personal médico asignado a las unidades, pues mientras que en España lo normal era que cada regimiento de infantería contara con un capitán y dos oficiales subalternos, en los regimientos alemanes –mas fuertes en efectivos– se contaba con dos médicos por batallón. También había dos médicos en cada Grupo de Artillería y en los Batallones o Grupos de Zapadores, Transmisiones, etc. En resumen, llegar a Alemania y tener que pedir a España el envío de más médicos para cubrir todas las plazas fue todo uno.

Y finalmente, en cuanto se puso en marcha el proyecto divisionario se cayó en la cuenta que habría que crear hospitales militares españoles a retaguardia, sobre los que volcar cuanto antes las bajas acogidas en el hospital de campaña, que debería ser mantenido siempre con el mayor número de camas libres. Eso originó el envío de una expedición adicional de médicos y personal sanitario con el que dotar estos hospitales, que por vez primera incluye elementos femeninos, las enfermeras, provenientes unas de Cuerpo de Enfermeras del que se había dotado Falange Española Tradicionalista, FET, el partido único; y otras del Cuerpo de Damas de Sanidad Militar. En su trabajo, estas enfermeras españolas se vieron complementadas por enfermeras alemanas, pero también letonas, polacas y rusas. Si inicialmente se había previsto un hospital en la retaguardia de la División Azul, pero en el territorio ocupado (Hospital de Evacuación) y otro en territorio alemán (Hospital de Convalecientes), finalmente la División estuvo dotada de dos Hospitales de Evacuación (Riga y Vilna) y tres Hospitales de Convalecientes (Königsberg<sup>4</sup>, Berlín y Hof). Este conjunto de dependencias podían asimilarse a lo que en la orgánica sanitaria española se conocía como Grupo de Hospitales, pero como estas cinco dependencias quedaron encuadradas en distintas estructuras alemanas, se optó por dirigir las desde la llamada Inspección de Hospitales de la División.

<sup>4</sup> Actualmente, Kaliningrado, al haberse repartido la Prusia Oriental entre Polonia y Rusia al acabar la II Guerra Mundial.

Estas tres «patas», los médicos de las unidades, el Grupo de Sanidad y el Grupo (o Inspección) de Hospitales dependían de una Jefatura de Sanidad, puesto normalmente desempeñado por un teniente coronel. El Grupo de Sanidad 250º, y los hospitales de Riga, Vilna y Königsberg, estaban bajo el mando de sendos comandantes. Los dos hospitales restantes, el Hospital de Campaña y las dos Compañías de Sanidad tenían a su frente a sendos capitanes, y las secciones de ambulancias motorizadas, a oficiales subalternos.

Aunque los españoles acabaron introduciendo cambios en las plantillas de personal, resulta evidente que mantener tan abultado número de médicos militares en la División Azul era un problema, así que se recurrió desde muy pronto a «reclutar» para tareas médicas a muchos voluntarios falangistas que habían terminado la carrera (incluso alguno ya tenía cierta reputación en el ejercicio profesional) o estaban a punto de acabarla. Con el paso del tiempo pasaban de soldado médico al rango de suboficial médico asimilado y, finalmente, al de oficial médico asimilado. Hubo, sin embargo, soldados que eran médicos que se negaron a salir de sus unidades y pasar a esta nueva tarea, más de acorde con su formación. Fervientemente anticomunistas, querían combatir con las armas en la mano —o sirviendo una pieza artillera— y así lo hicieron.

Fue muy normal que existiera una «rotación», y el personal médico que había prestado ya un cierto número de meses de servicio en el frente, pasaba a hacerlo en los hospitales de retaguardia. O a la inversa. Estas prácticas de rotación fueron más comunes entre el personal del Grupo de Sanidad y el Grupo de Hospitales y se daba más raramente entre los médicos de las unidades de combate y el de los hospitales.

Las formaciones sanitarias de la División Azul mantenían una estrecha relación con las formaciones sanitarias alemanas. Con las de las unidades vecinas, por supuesto, pero también con las que despleaban más a retaguardia, y que entre sus subunidades disponían de laboratorios de análisis y parques de material sanitario. Estas tropas sanitarias eran de tres tipos: los Grupos de Sanidad para Ejército (*Armee Sanitätsabteilungen*) los Grupos de Hospitales de Evacuación (*Kriegslazarett Abteilungen*) y los Grupos de Transporte de Heridos (*Krankentransport Abteilungen*). Los primeros, unidades mixtas, contaban con compañías sanitarias, hospitales y unidades de evacuación. Los segundos agrupaban solo hospitales. Y los terceros estaban especializados en evacuación, aunque en los puntos donde concentraban las bajas disponían de los llamados *Krankensammelstelle*, donde las bajas en espera de una nueva fase de evacuación podían ser atendidos en sus necesidades sanitarias. Todas estas unidades apoyaban a las fuerzas de primera línea y por ello en varios de estos hospitales alemanes, o en alguna *Kranken-*

*sammelstelle* fue muy habitual que atendieran bajas españolas. Cuando esto era frecuente, se acudió a crear en ellas una «Sección Española», donde médicos de la División Azul estaban destacados de manera permanente para atender a nuestros voluntarios. Por pura economía del lenguaje se habla a veces de «hospitales españoles» en Soltsy, Luga, Nikoslkoye o Gatschina (por entonces bautizada como Krasnogardeisk), cuando no eran tales, sino secciones españolas de dependencias germanas en esas localidades.

Cuando las bajas debían ser evacuadas hasta territorio alemán, entraban en la red de los Hospitales de Convalecientes (*Reservelazarett*). El establecido inicialmente en Berlín para atender a los españoles quedó pronto superado en su capacidad. Se empezó a evacuar sobre hospitales alemanes de esta categoría, quedando las bajas muy dispersas, y con el inconveniente de que estas instituciones no contaban con personal español; después se crearon secciones españolas en hospitales de esta categoría; y finalmente se establecieron más hospitales españoles, hasta tres, como ya se señaló.

Una de las características del frente del Este en la II Guerra Mundial fue la extraordinaria letalidad. Creo que basta con señalar que el 80 % de las bajas humanas de la Wehrmacht se produjeron en ese escenario. En mi obra *Atlas Ilustrado de la División Azul* publiqué un detallado balance de bajas elaborado por la primera sección del Estado Mayor de la División Azul que cubría toda su existencia. Creo que es bastante estremecedor, porque nos muestra que cada mes de presencia en primera línea las bajas sumaban, como mínimo, el equivalente a un batallón, pero podían ser más elevadas. Un mes muy tranquilo, como julio de 1943, se registraron 456 bajas, pero en el febrero anterior fueron 2.870. Un promedio estadístico de los 24 meses de presencia en primera línea nos da la cifra de 981 bajas por mes. Por mucho que parte de estas bajas pudieran ser cubiertas con la llegada de nuevo personal en los batallones en marcha que salían desde España hacia Rusia (cuyo fin era más bien proceder a relevos de personal), es evidente que, si la División Azul no hubiese dispuesto de unos eficacísimos servicios sanitarios, capaces de recuperar a la mayor parte de estas bajas, habría desaparecido como tal en muy pocos meses.

### *De Alemania al frente*

En lo que resta de este artículo, no pretendo hacer un resumen de la obra del doctor Poyato, cuya lectura recomiendo calurosamente. Y tampoco haré uso de los textos referenciados en la bibliografía y hemerografía, que en definitiva ya están a disposición del lector. Mi propósito es basarme en las

fuentes inéditas o bien en textos que no están consagrados específicamente a las formaciones sanitarias de la División Azul. Espero con ello contribuir a ampliar el conocimiento de su papel.

El desembarco en Alemania estuvo lleno de sorpresas. La primera, la estructura real de la Sanidad Militar en la División Azul, más potente de lo que se había imaginado. La segunda, la soberbia dotación de medios. El capellán Francisco Prado Lerena era un veterano del Ejército, y como los capellanes militares siempre han actuado muy próximos al personal sanitario, sabía de lo que hablaba cuando, estando aún en el campamento de Grafenwöhr, escribió en su diario (inédito)<sup>5</sup>:

*9 agosto 1941. El Grupo de Sanidad lleva una organización y dotación admirables, establecimientos completos de Rayos X, microscopios, medicamentos en cantidad fantástica. El material, abundantísimo, es de moderna fabricación. Mucho lleva la etiqueta de «junio de 1941».*

Fue muy decepcionante, en cambio, saber que el Grupo de Sanidad en su conjunto sería una unidad hipomóvil, pero esa era la realidad de las divisiones de infantería alemanas, que dependían para su movilidad de caballos y no de camiones. Por otra parte, en Grafenwöhr el ritmo de trabajo fue vertiginoso, entre otras razones porque el proceso de organización de una división de infantería que normalmente el Ejército alemán realizaba en tres meses, en el caso de la División Azul se resumió en uno solo. El teniente médico Félix Leiro Nogueira se había unido a la fuerza expedicionaria desde uno de los regimientos de la guarnición de Valencia, y servía en la Plana Mayor del Batallón I/263°. Su diario<sup>6</sup> refleja el ritmo de trabajo de aquellos días:

*22 julio 1941. A las 11'30 nos hacemos cargo de la enfermería, donde ingresamos a un cabo. A las 3 de la tarde, primera bronca del comandante [Servando] Casas [Fernández], jefe de Sanidad, porque la enfermería «no funcionaba», «no había sábanas», etc. No hice ningún caso de las voces de aquel señor, porque sabía que la bronca no era para nosotros, era para los que habían llegado hace tres días. A las 7 de la nos llegaban las sábanas y mantas que habíamos pedido por la mañana en la Kommandantur.*

*29 julio. Pasamos verdaderas montañas de revistas sanitarias, hacemos miles de relaciones, para esto, para aquello, para lo de más allá. Trabajamos muchísimo, sin utilidad práctica.*

<sup>5</sup> PRADO LERENA, Francisco, *De España a Rusia, diario de campaña, 1941-1942*, Texto Inédito, consultado en el archivo de Pablo Sagarra.

<sup>6</sup> Referenciado en las fuentes inéditas, al final de este texto.

*No es de extrañar que, días después, cuando su unidad embarcaba en tren con destino al teatro de operaciones, el teniente Leiro escribiera: «Me he gastado en el campamento más medias suelas que en Valencia en dos años y pico».*

Pero para sorpresa, la que se llevaron los voluntarios cuando, tras desembarcar de los convoyes ferroviarios que los situaron en los confines de Polonia con Lituania fueron conscientes de que debían realizar una larguísima marcha a pie hasta el frente. Nada extraño, en realidad, ya que era lo que les ocurría a todas las divisiones alemanas. Aunque los voluntarios españoles contemplaron el hecho como una auténtica proeza, pues equivalía a atravesar España de punta a punta, una experiencia inédita para nuestros soldados. En una de las secciones de ambulancias motorizadas servía Federico Izquierdo Luque, uno de los periodistas falangistas más famosos de aquel momento, quien –ya de regreso en España– relataba con admiración<sup>7</sup> lo vivido al público español:

*Las etapas normales eran de unos cuarenta kilómetros. La noche era solo un segundo de sueño. El esfuerzo físico llegó a ser agotador. Los pies, destrozados por los kilómetros, se cubrían de llagas. Y se montó el hospital de campaña. A él llegaban las ambulancias, después de recorrer las inmensas filas en busca de «aspeados». Descansaban nuestros hombres tres o cuatro días en el hospitalillo y, cuando sus pies se encontraban dispuestos, se les conducía hasta su unidad en camino. Presenciamos ejemplos maravillosos. Hubo quien, con los pies lastimados, de llagas ungidos, se negó a abandonar su compañía y continuó su ascético silencio hasta el último día de la peregrinación terrible.*

El teniente coronel Luis Zanón Aldalur tenía al respecto la autorizada visión que le daba su puesto de Jefe del Estado Mayor divisionario, y en su informe oficial<sup>8</sup>, rendido al regresar a España, no dudó en escribir:

*Durante la marcha, hubo enseñanzas de importancia que conviene anotar. La primera, que a pesar de la falta de preparación de nuestra gente, mantuvieron durante más de un mes que duró el recorrido un porcentaje de aspeados verdaderamente reducido, pues el mayor número que hubo de ellos*

<sup>7</sup> IZQUIERDO LUQUE, Federico: «Mil doscientos kilómetros en marcha», *Si. Suplemento semanal de Arriba*, n.º 18, 3 mayo 1942.

<sup>8</sup> Esta memoria, titulada «Campaña de Rusia. Impresiones sobre la primera División Española de Voluntarios» es una de las pocas memorias oficiales a las que se aludió que han sido localizadas y, afortunadamente está editada en un libro, junto al diario de uno de los oficiales del Estado Mayor. La obra que la incluye es: SOLER FUENSANTA, José Ramón, (Editor): *Desde el Cuartel General*, Vicente Sanjuán Ediciones, Alicante, 2019.

*en los peores días no llegó al millar en total, y por tanto al 5 % del efectivo. Los aspeados eran recuperados rápidamente, pues a los 3 o 4 días de descanso se incorporaban de nuevo a sus Unidades para continuar su marcha.*

*En Alemania es de fácil resolución el problema que presentan estas bajas, pues son todos ingresados en el Hospital Militar más próximo, causando baja definitiva en las Unidades a que pertenecen, y tan pronto son dados de alta son enviados a Unidades de Depósito, que los envían a otras, para cubrir bajas de su propia Arma.*

*El caso de la División Española era distinto. Se organizó para evitarlo un sistema de descanso para los aspeados que permitiese darles el tiempo suficiente para recuperarse sin que para ello fuese preciso separarse de la División, y así el Hospital de Campaña se dividió en dos formaciones, una de las cuales marchaba con sus autoambulancias por delante de la División, 3 o 4 jornadas, llevando aspeados consigo; la otra formación iba recogiendo los nuevos enfermos, hasta ser alcanzada la primera; entonces era esta sustituida por la segunda, que volvía a alejarse el mismo número de jornadas. De tal modo se logró al llegar a Vitebsk que todos los aspeados hubiesen sido recuperados o devueltos a sus unidades; solamente una docena de hombres fue preciso hospitalizar al embarque por ferrocarril.*

La llegada al sector del frente de combate asignado, en torno a la ciudad de Nóvgorod, la cuna histórica de Rusia, a orillas del Lago Ilmen, se produjo el 12 de octubre de 1941, que es la fecha que hemos adoptado como inicio de las operaciones militares de la División Azul (aunque hubo unidades que llegaron antes y otras después). Iba a coincidir con dos hechos decisivos: la llegada de la época de frío, con un otoño que ya tuvo los rigores de un duro invierno, y un cambio de tendencia en el curso de las operaciones, pues el Ejército Rojo empezó a ofrecer una resistencia fortísima, mucho mayor a la esperada por los alemanes y españoles. No solo costaba arrancarle cada metro cuadrado, sino que muy pronto se lanzó a la contraofensiva general. El resultado fue que las cifras de bajas crecieron insospechadamente y los servicios de Sanidad Militar de la División llegaron a verse por completo desbordados. El funcionamiento del *Feldlazarett* divisionario, ubicado en Grigorovo (a muy corta distancia del frente) y el *Kriegslazarett* español que tuvo como primer emplazamiento Porjov provocó las más duras críticas, y ambos fueron tildados como «chekas» por bastantes divisionarios.

Un buen ejemplo lo tenemos en lo escrito –en un texto inédito– por Raúl Comendador<sup>9</sup>, que en enero de 1942 fue ingresado en Grigorovo, don-

<sup>9</sup> COMENDADOR BUSTAMANTE, Raúl, *Apuntes de guerra*, Texto Inédito, s/f, s/l, consultado en el archivo de Pablo Segarra.

de había tal acumulación de hospitalizados que, para empezar, ni siquiera parecía que los integrantes del personal sanitario fueran a darle el alta hospitalaria:

*Los heridos no hacen más que dar quejidos, que nos crisan los nervios. Pero, ¿qué tiene que hacer esta gente?, ¿es que no se acuerdan de nosotros? Por fin, a nuestras voces, nos llaman para que pasemos a donde hay otro sanitario. Nuevas preguntas, que son anotadas en la historia [clínica] de cada uno. Nombre del padre, de la madre, día en que fue herido. Después de muchas preguntas me dicen que por hoy tendré que dormir en el suelo, porque el hospital está abarrotado y no hay sitio. No le doy importancia a esto y digo que es igual. Pronto me doy cuenta de que no era solo eso. Al entrar en la sala, lo primero que se advierte es un olor a carne podrida que espanta, por las congelaciones. Las camas, mejor dicho, las tablas en que se encuentran los más afortunados se encuentran unos juntos a otros, con la justa separación para el cuerpo de un hombre, y este hueco a su vez está ocupado por otro enfermo, con una manta en el suelo (hay algunos que sin mantas). Entre las filas de camas de la derecha y las de la izquierda queda un pasillo, que a su vez ocupan otros enfermos, metiendo la cabeza debajo del camastro de sus compañeros, así que en resumidas cuentas queda libre un pasillo de no más de dos pies de ancho, por donde constantemente pasan enfermos con el objeto de orinar en la calle, que es el sitio donde les indican, y que justifica la peligrosa entrada al barracón y que, como es natural, orinan en la puerta, formándose una verdadera costra de hielo. Cuando yo vi aquello, el alma se me cayó a los pies, de buena gana hubiese vuelto a mi chabola, allí al menos sabía que tenía amigos.*

La descripción no es inexacta, lo erróneo es el análisis de este soldado de la sección de asalto del Regimiento 263º, recién salido de las trincheras, y lleno de odio contra los «enchufados de la retaguardia», que creía que la situación se debía a la negligencia del personal sanitario e ignoraba por completo que si se llegaba a esos niveles de colapso se debía a que los alemanes no estaban en condiciones de realizar las necesarias evacuaciones a retaguardia.

Cuando el terrible invierno de 1941-1942 se dirigía a su fin, y las condiciones del Hospital de Campaña de Grigorovo había mejorado relativamente, Tomás Fernández, soldado del Batallón I/269.º ingresado por congelaciones, aún escribía en su diario, que permanece inédito<sup>10</sup>:

<sup>10</sup> FERNÁNDEZ LÓPEZ, Tomás, *Mi diario en el Frente del Este, o un año en poder de los Sargentos, 1941-1942*, Texto Inédito, consultado en el archivo de Javier Fernández.

*7 febrero 1942. Me animan para que lo lleve con paciencia, pues el desánimo y mal humor que tengo es grande y me dicen, cosa que no dudo en el momento, que me encuentro en la «cheka de Grigorovo» pues este el nombre que le han dado al Hospital y que no cabe duda que se lo merece pues la pinta de la sala en todos los aspectos es la misma que una «cheka» y la de los muchachos también la misma, todos claman por su liberación, que está en la evacuación a Riga, cosa que la mayoría no logran.*

Y es que en el otoño e invierno de 1941-1942, cuando las bajas debidas a los inesperadamente duros combates y al terrible frío superaron en mucho a las previsibles, ocurrió además que toda la estructura logística germana en Rusia estuvo al borde del colapso, y –por ejemplo– los trenes hospital que debían haber comparecido con regularidad en la estación de Grigorovo para permitir evacuaciones desde el Hospital de Campaña 250º a escalones más retrasados, no llegaban, o cuando lo hacían venían tan cargados de bajas alemanas que no podían acomodar más que a pocos españoles. Pero los soldados ingresados no conocían nada de esto y solo hacían responsables a los sanitarios españoles. Las críticas se extendían también al Hospital de Evacuación de Porjov. La realidad es que sus instalaciones eran deficientes, pero eso no era por culpa de los mandos españoles, que se habían limitado a ocupar las que se les asignaron. Así lo registraba en su diario<sup>11</sup> el comandante de Estado Mayor Jaime Homar:

*17 octubre 1941. En Dno. Vienen a comer conmigo el director del hospital que se va a instalar en Porjov, comandante médico [Julián Martín] Renedo, el comandante médico [Alejandro Gómez] Durán, un capitán y cuatro enfermeras, con objeto de ver unos edificios que les he buscado en Dno para hospital, mucho mejores que los de Porjov. Les gustan mucho, pero el Jefe de Sanidad del 16.º Ejército no autoriza su instalación en Dno. Salen, para Porjov, después de comer.<sup>12</sup>*

Y por eso este hospital no ha dejado precisamente un buen recuerdo en la memoria de los divisionarios. Enrique Borrego Hernández, del Batallón III/262º, en el diario que escribía para que algún día lo leyera su novia,

<sup>11</sup> HOMAR SERVERA, Jaime: «Diario de campaña de un comandante de Estado Mayor en Rusia». La obra en la que aparece este diario es: SOLER FUENSANTA, José Ramón, (Editor): *Desde el Cuartel General. Op. Cit.*

<sup>12</sup> He optado por dar los nombres completos de todas las personas que aparecen citadas en los textos que uso aquí, por entender que esto ayudará al lector de este artículo.



y que finalmente ha dado a conocer su nieta<sup>13</sup>, contaba así uno de sus días en Porjov:

*31 octubre 1941. Paso todo el día en cama, pues sigo sin ropa y completamente helado. El espectáculo que ofrecemos es gracioso, dentro de lo triste de las circunstancias. Imagínatelo: estamos en un cine. El patio de butacas está repleto de hileras de camas y yo estoy arriba, en el escenario, con otros 20 como yo, todos en cueros y metidos en la cama. Para asistirnos a todos hay tres enfermeras, tres rusas y un ruso. Los medios de que dispone el hospital para el servicio a los pacientes son pésimos. Para orinar tenemos que utilizar botes. La comida se reparte en cubos. Todo esto que te cuento lo contemplo con pesar, en un ambiente de pena interior y de frío exterior que hiela al más curtido. De las enfermeras españolas no hay ninguna queja. Son buenas, pero continuamente tropiezan con la necesidad de realizar sus cometidos con la absoluta carencia de todo lo más básico y esencial en un hospital.*

Las evacuaciones a retaguardia fueron, por sí mismas, un infierno en aquel durísimo invierno. El teniente de zapadores Ricardo Samaniego, herido a mitad de noviembre de 1941, anotaba en su diario –inédito<sup>14</sup>– al respecto de su evacuación por tren desde Grigorovo a Porjov: «21 noviembre 1941. Hemos recorrido unos cien kilómetros en un viaje que ha durado 25 horas, lo que representa una velocidad horaria de carreta, muy poco propia para un tren hospital de urgencia». Como, por suerte para él, le tocó el ser evacuado más a retaguardia aún, hasta Riga, pudo comprobar que conforme se alejaba del frente las condiciones de estas evacuaciones eran menos precarias:

*27 a 29 de noviembre 1941. El tren hospital ya tiene otro aspecto, aunque los coches continúan siendo vagones de carga, pero están mejor acondicionados; cada uno de ellos lleva ocho literas con somier de muelles y una estufa instalada que da demasiado calor y hay veces que me siento asfixiar, porque yo vivo en el piso «bajo». El tren es todo corrido con puertas que han abierto en los fondos. Un Oficial médico nos hace dos visitas diarias y en este transporte, bien atendido, transcurren los días 28 y 29 caminando en dirección a Riga.*

Las evacuaciones sanitarias hacia la profunda retaguardia eran tan ingentes que no bastaban los trenes sanitarios debidamente homologados y

<sup>13</sup> BORREGO GONZÁLEZ, María José: *En un desierto de nieve. Diario de un soldado de infantería de la División Azul*, Ediciones Alymar, Madrid, 2021

<sup>14</sup> SAMANIEGO BONILLA, Ricardo: *Notas sobre mi expedición a Rusia, 1941-1942*. Texto Inédito, consultado en el archivo de Javier Lázaro.

hubo que convertir a ese fin muchos vagones de carga, someramente transformados. Además, los trenes sanitarios, más o menos precarios, debían atender a toda la zona del frente donde operaba la División Azul, y no era raro que para cuando llegasen al sector español ya estuviesen saturados. Debían enfrentarse a trazados tan saturados de nieve que era imposible avanzar, y a los ataques de partisanos. Con todo, cuando se supo que se estaban estableciendo nuevos hospitales españoles en Vilna y Riga, las expectativas de los hospitalizados en Grigorovo y Porjov cambiaron. Al antes citado Tomás Fernández le aseguraron que sería evacuado a Riga el 12 de febrero, lo que no ocurrió. Y llegó a pensar que nunca pisaría la capital letona:

*22 febrero 1942. A las dos aproximadamente traen las listas de evacuados para Riga. Yo como es de suponer no tengo esperanzas por ningún concepto de que me evacuen, como así ocurrió, que no venía en la lista de evacuados. A las 3 cuando ya marchaban los evacuados, hombres felices, el practicante trae una lista con 3 nombres para evacuar, yo no hago ni caso, pero cual no sería mi asombro al ver que el tercer nombre es el mío. Pegué un salto de encima de lo que llamaban cama y tuve que ver la papeleta de evacuación para crérmelo, pues me parecía una broma. En dos segundos me visto y me uno a la expedición.<sup>15</sup>*

Como ejemplo de las maledicencias que uno puede encontrar en diarios, señalaré que cuando algunos médicos españoles partieron hacia Riga y a Vilna para buscar lugares donde establecer los nuevos hospitales españoles, no faltó quien les acusara de cobardía por estar alejándose del frente, y no han faltado historiadores que —con tan endebles «pruebas»— acusan al personal médico de desatender a las bajas y hacer turismo por retaguardia. Si que es cierto que, en una situación tan compleja, se produjo una cierta crisis de liderazgo. La figura de Jefe del Grupo de Sanidad y Jefe de Sanidad divisionario, encarnada en una misma persona durante cierto tiempo, no daba abasto, y cuando un teniente coronel llegado desde España asumió la segunda, consideró en un primer momento que debía establecer su jefatura en Berlín, para hacerse cargo especialmente de los servicios en retaguardia. Hizo falta la gira de inspección del mismísimo general Mariano Gómez Ulla, llegado a tal fin desde España, para organizar debidamente toda la red hospitalaria de retaguardia, poniendo el debido orden en una estructura que en realidad estaba naciendo. Su informe es referenciado en las fuentes inéditas de este artículo. Superada esa «crisis de crecimiento» el sistema empezó a funcionar con gran eficacia y no dejaría de mejorar. El hospital de

<sup>15</sup> FERNÁNDEZ LÓPEZ, Tomás, *Op. Cit.*

Porjov desapareció, y en su lugar se establecieron los de Riga y Vilna, y la red hospitalaria en la misma Alemania se empezó a ampliar hasta constar finalmente con las tres instalaciones ya citadas. En la numerosa literatura que debemos a los divisionarios, diarios y memorias, al hablar de esta nueva red hospitalaria desaparecen por completo las expresiones despectivas cuando se trata de personal que estuvo ingresado en ellos, y el tono es marcadamente positivo.

### *Los primeros escalones sanitarios*

Con los problemas inherentes a tener que enfrentarse a unos escenarios no solo no previstos, sino impensables, la realidad es que la asistencia sanitaria funcionó más que aceptablemente en estos primeros y duros meses, y a eso no es ajeno la entrega del personal sanitario de las compañías y los batallones. En cada compañía existía un soldado sanitario, apoyado por cuatro camilleros, que integraban el pequeño botiquín de la unidad<sup>16</sup>. En el contingente inicial de la División Azul no era raro que esas plazas fueran ocupadas por médicos, alumnos de los últimos cursos de medicina y profesionales civiles de la enfermería que se habían alistado en la División Azul como soldados.

El voluntario Arturo Vallín Villar, que trabajaba en una clínica de Zamora, se alistó en la Jefatura de Milicias de su provincia y sirvió como sanitario en la Compañía 9<sup>a</sup>/262<sup>o</sup>. En un artículo aparecido en una publicación de veteranos de la División Azul<sup>17</sup>, evocaba las terribles circunstancias en las que se desarrollaba en muchas ocasiones la tarea de estos hombres, poniendo el ejemplo de cuando le tocó asistir a un soldado andaluz de su compañía, José Luis Escuin Derqui:

*Estuve de sanitario, y entre los muchos casos en que tuve que intervenir, recuerdo el de José Luis Escuin, un chaval. Nos estaba hostigando una tarde la artillería. Me encontraba ordenando el botiquín. José Luis estaba fuera, partiendo leña, cuando, ¡zas!, llegó el pepinazo. El techo de la isba se convirtió en polvo, y al oír los gritos de socorro de José Luis salí corriendo, con alguno más que estaba conmigo. Al ver brotar la sangre de aquella manera, no me dio tiempo más que a echar mano de la venda compresora y hacerle*

<sup>16</sup> Este pequeño elemento sanitario formaba parte de los trenes de combate de las compañías.

<sup>17</sup> VALLÍN VILLAR, Arturo, «Carta abierta a Pablo Castelo», en Boletín *Blau División*, N.º 311, 1985.

*un torniquete por el fémur para cortarle la hemorragia. Luego lo bajamos a la trinchera junto a la chabola del teniente, y allí empecé la faena, sin más ayuda que la de alguien que estaba cerca, hasta que se mareó, y también la del sargento [Álvaro] Soneira [Díaz]. Empecé cortándole el pantalón poco más debajo de la ingle y aprecié que tenía destrozada la pierna derecha por debajo de la rodilla, cortados totalmente tibia y peroné, con pérdida de parte de los músculos. En la pierna izquierda, no sé si el mismo casco de metralla se la había traspasado, interesando los huesos citados, pero sin destrozos. Lo hice lo mejor que pude, sin más ayuda que unas tijeras, bisturí, pinzas, suero antitetánico y morfina. Todo limpio y desinfectado, le saqué las esquirlas sueltas, la carne que colgaba, dejando la herida lo más lisa que pude, y le inyecté morfina ante los dolores que se avecinaban. Mientras tanto, este chaval, todo un valiente, no dejó de hablar conmigo durante el tiempo que duró la cura, y me decía: «¿me moriré de esta?»; «¡Ni hablar!», le decía yo. «Bueno, si me muero, quiero que le digas a mi madre que he muerto por España» y «cuando termines, me entierras la pierna con todos los honores». Así se hizo, aquella pierna quedó enterrada a orillas del Vóljov (Vallín, 1985).*

Por cierto, frente a las irritadas maledicciones de algunos ingresados en Grigorovo y Porjov, que quedaron escritas en diarios y memorias, el citado José Luis Escuin Derqui, en su libro de memorias (*Pinceladas*<sup>18</sup>) recordaba emocionado la calidad humana y profesional del trato recibido, citando expresamente a un soldado, el estudiante madrileño alistado en Milicias de Falange Miguel Pallarés Vidal, y al teniente médico Emiliano Aragón Treceño, ambos destinados en el Hospital de Campaña 250º, donde se le tuvo que amputar su otra pierna, la que no había quedado enterrada junto al Vóljov:

*Miguel Pallarés, mi hermano de sangre, era soldado sanitario en el hospitalillo de Grigorovo. Éramos ya amigos de Madrid, de antes de marchar a Rusia. Allí, en el hospitalillo, me salvó la vida dos veces. La primera, dándome una transfusión como para dejar exangüe a un toro bravo. Solo un hombrón tan grande y fuerte como él hubiera podido desprenderse de tal cantidad de sangre sin verse seriamente afectado por ello. Yo, que había perdido absolutamente toda, sobreviví gracias a la que él me dio. La segunda vez me salvó a fuerza de cariño, de infundirme ánimo, como un verdadero hermano lo hubiera hecho. Sus palabras de aliento, sus chistes, las tonterías que decía para verme sonreír, me hicieron mucho bien. Me alimentaba con su mano, como a un niño, bocado a bocado, cuando tiritando con 40 grados de fiebre me resistía a comer aquellos repugnantes trozos sanguinolentos de hígado crudo*

<sup>18</sup> ESCUÍN DERQUI, José Luis: *Pinceladas*, Edición privada del autor, Puerto de Santa María, 1999.

*de caballo. El cirujano que me operó era un joven teniente llamado Aragón. Un día, cuando estuve mejor, me dijo: «Bueno, ya has pasado lo peor. Ahora todo depende de ti. ¿Quieres volver a España?». «Si, mi teniente», le contesté. «Pues lucha, por vivir. Ten voluntad de vivir. Y cómete el hígado, todo lo que puedas. Si lo haces, y si no nos vuela a todos alguna maldita bomba, volverás a España. Te lo prometo», me dijo.*

Pero volvamos a los sanitarios de las compañías de primera línea que, de manera repetida, se ganaron la admiración de sus camaradas. El sargento José Meliá Vila registró, por ejemplo, un caso revelador. Tras muchos meses desplegado a las riberas del Vóljov, en la primavera de 1942 su batallón, el I/263º, fue enviado a cubrir un sector de la línea frente a la cabeza de puente que habían establecido los soviéticos al Oeste del Vóljov a principios de 1942. Había que reconocer el nuevo sector y, el 1 de mayo de 1942, su Compañía, la 3ª/263º, realizó una exploración a vanguardia, en una zona de densa vegetación. El sargento Meliá lo contaba así<sup>19</sup>: «Recorridos unos doscientos metros del punto de partida, el grupo es descubierto y sorprendido por un grupo enemigo, que hace uso de sus ametralladoras. Disparan a una distancia de unos cincuenta metros». Hubo un buen número de muertos y heridos, pero lo que a Meliá le impresionó fue la rápida reacción de sus camaradas sanitarios: «Rápidamente los sanitarios de la compañía saltan las alambradas, arriesgando sus vidas, para empezar a salvar a los heridos, y al mismo tiempo tienen que ver la forma de no ser volados por las minas que están esparcidas fuera de las alambradas». Su ejemplo arrastró al resto del personal de la compañía, y varios soldados más siguieron a sus sanitarios hacia la peligrosa tierra de nadie. Por ello, los mandos de la compañía reconocieron especialmente a «José Hernández Fernández y Enrique Ciranqui Díez, practicante y camillero respectivamente, que demostraron un gran arrojo y un magnífico espíritu», según escribía el sargento Meliá. Un gran número de divisionarios podrían testificar del mismo modo sobre los sanitarios y camilleros de sus compañías.

Si, en un primer momento, hubo tal cantidad de médicos y estudiantes de medicina en la División Azul que se pudieron cubrir con voluntarios de ese perfil los puestos de ese tipo en las unidades de primera línea, más adelante no fue fácil encontrar tantos hombres con una formación sanitaria sofisticada, pero no faltaron nunca personas adecuadas para la tarea, a las que su capacidad intelectual les permitía aprender rápidamente. Manuel Sánchez Lozano era perito comercial, pero ocupó una de estas plazas de

<sup>19</sup> MELIÁ VILA, José: *Bajo seis banderas con la muerte en los talones. Año 1936 a diciembre de 1943*, Edición privada del autor, Valencia, 2004.

sanitario de compañía. Como un amigo suyo, que sí lo era, dijo de Sánchez que era estudiante de Medicina (con la esperanza de que los destinaran juntos), los mandos del 11.º Batallón en Marcha con el que se incorporó a la DA ya lo seleccionaron como sanitario, siendo asignado primero a la Compañía 8ª/263.º y finalmente a la Compañía 5ª/262º. Muy pronto –mientras servía en la primera unidad citada– evidenció que se daba buena maña, tal como el mismo nos narró<sup>20</sup>:

*Pasados unos días, tuve mi bautismo de fuego en mi profesión de practicante ya que, en sus prácticas, el emplazamiento de un mortero de 81 mm fue localizado y un impacto en el mismo causó unas seis bajas, faltándome manos para atender a tantos heridos. Lo resolví con gran tranquilidad y a partir de aquel día noté la gran estima que hacia mí había.*

Lo peor estaba por venir. Los sanitarios de compañía seguían en todo el destino de sus compañeros de las trincheras, algo que les diferenciaba netamente del resto del personal sanitario. Ya encuadrado en la Compañía 5ª/262º, Manuel Sánchez tuvo que vivir la dramática experiencia de la batalla de Krasny Bor, con su compañía bajo el mando del mítico capitán Teodoro Palacios Cueto, combate que para su unidad se saldó con un elevadísimo número de muertos. Estos son algunos de los recuerdos que Sánchez escribió sobre aquel combate y su papel en él:

*Le llamaban «El Peque», un gran chaval, la primera persona a la que atendí ese día, pero mi asistencia fue en vano. Un proyectil le había atravesado la cabeza y lo había matado. Me impresionó mucho. Le había visto manejar aquel fusil ametrallador; lo desmontaba y lo montaba con los ojos cerrados. Una persona callada y de mucha simpatía que se daba a todos. Teníamos la primera víctima de aquella mañana horrenda. El cabo [Alfredo] Carreño [Sánchez] tuvo que emplazar su fusil ametrallador y hacer fuego hacia nuestra retaguardia por donde los mismos rusos nos estaban hostigando, ya que habían rebasado la línea y trataban de envolvernos. Nos encontrábamos cercados. Por dos veces tuve que atenderle, ya que su visión se vio afectada por las explosiones. Nuestra gente se encontraba en muy mala situación y yo, además de atender a los heridos, tenía que llenar las cintas de su munición para que el fusil ametrallador siguiera disparando.*

<sup>20</sup> Manuel Sánchez Lozano fue capturado por los soviéticos en la batalla de Krasny Bor, y sus memorias de la campaña rusa y del cautiverio, tituladas «Y sonrió la primavera». Se integraron, junto a las de otros prisioneros en el volumen de GARCÍA DÍAZ, Miguel (Editor): *Espanoles en el Gulag de Stalin*, Vicente Sanjuán Ediciones, Alicante, 2017.

Manuel Sánchez Lozano, el improvisado pero bravo «practicante», cayó finalmente prisionero y compartió con sus camaradas de la 5ª/262.º un duro cautiverio, que se alargó hasta 1954.

Normalmente, dada su ubicación en el despliegue, estos sanitarios de compañía no tenían relación con población civil rusa, pero cuando por alguna razón sí que la tenían, ellos, como todo el personal sanitario de la División Azul, no dudaban en asistirlos. Uno de estos sanitarios de compañía que iba a hacerse famoso en el microcosmos de la División Azul era Agustín Payno Mendicoagüe, miembro de la Vieja Guardia de la Falange madrileña, que se alistó «para pegar tiros» y al que –contra su voluntad– le hicieron ocuparse de la sanidad de su compañía, ya que le faltaba un único curso para acabar Medicina. Encuadrado en la Compañía Antitanque 1ª/250º, le tocó asumir su durísimo trabajo entre sus camaradas durante los combates de Nikitkino, en la Cabeza de Puente que los españoles llegaron a establecer al Este del Vóljov. Sin embargo, su unidad fue posteriormente desplegada en la ribera del Lago Ilmen, una zona donde nunca hubo grandes combates, aunque sí muchas escaramuzas, lo que le dejaba bastante tiempo libre, que él empleó en atender a la población civil rusa de la zona. Su camarada Jacinto Santamaría era para esas fechas su auxiliar en el botiquín de la compañía y lo recordaba así<sup>21</sup>:

*La casa botiquín del «Doktor Payno» tenía consulta especial para la población rusa. Los alemanes tenían esto prohibido y mucho más la entrega de medicinas a la población civil, prohibición que Payno se saltó siempre a la torera. El «doktor Payno» se hizo famoso en una amplia comarca y acudían a su isba docenas de rusos, viejos y viejas, niños y niñas (allí no había población joven, naturalmente) para recibir el diagnóstico y la dosis de medicamentos. Y, como en cualquier aldea de España, Payno recibía gallinas, huevos y leche, que aquellos pobres familiares guardaban con cariño y llevaban escondidas en sus harapos para entregárselos al «doktor». Quien esto cuenta era el cocinero del botiquín, que siempre ponía amplia mesa para españoles y rusos, por orden del doctor.*

Los batallones de infantería disponían de medios para montar unos bien dotados puestos de socorro, que unos llamaban hospitalillos, otros denominaban enfermerías, y otros bautizaban como botiquín. En todo caso estaban a una distancia prudente del frente y, dada su finalidad, instalados en la mejor ubicación posible en la zona (algún edificio de ladrillo, por ejemplo, bien caldeados, razonablemente limpios). En ellos estaban destinados los

<sup>21</sup> SANTAMARÍA DÍEZ, Jacinto: «Anecdotario del Doctor Payno», en Boletín *Blau División*, N.º 187, 1975.

médicos asignados a los batallones, y como disponemos de los testimonios de dos de los oficiales que ocuparon plaza de ese tipo – los de José Luis Cáceres García de Viedma y Antonio Pérez Gila-, publicados como libros y ya citados más arriba, no analizaré el papel de los médicos en ese escalón sanitario. Sí que me gustaría detenerme en el personal que les auxiliaba. Ser destinado a uno de ellos parecía un excelente enchufe, creían muchos. Pío Zarco Martínez, un cabo riojano llegado al frente con el 13.º Batallón en Marcha, y asignado como sanitario al puesto de socorro del Batallón III/269.º creyó que era un hombre con suerte, hasta que empezó sus tareas, que recordaba así<sup>22</sup>:

*Me quedé «enchufado» como practicante en un botiquín de primera línea y, ¡Santo Dios!, vaya un debut. La primera noche, doce heridos, dos de ellos me los entregaron cadáveres. Y así continuamente, durante unos cuantos días, que al finalizar en el libro tenía apuntados 112. Unos días de tranquilidad y vuelta al ruedo. No descansé, pues el teléfono no me dejaba tranquilo. Con dos camilleros y el teniente páter, allá vamos, uno aquí y otro allá, y al regreso, vuelta atrás otra vez; llegar al bunker y ya había más noticias de que teníamos que ir a la tercera Compañía [la 11ª/269ª], o a la segunda [10ª/269ª], o a la sección de asalto, o a la primera [9ª/269ª]. Un verdadero caos, pero, en fin, como se dice que después de la tempestad viene la calma, así pasó y en estos doce días de verdadera tranquilidad, al capitán médico, don Justo Salvador de Vicente, al que recuerdo con cariño, se le ocurre nada menos que mandarme a desinfectar todas las chabolas y colchonetas de los guripas, y nada menos que con Cuprex, que olía a rayos y no había quien parase a cien metros. Pues nada, a desinfectar. Pero ¡qué dice usted desinfectar! Si no interviene el oficial que me acompañaba, cualquiera le echaba polvitos de aquellos a los guripas. Allí me sacaron una canción debido a los polvitos dichosos que me abstengo de ponerla. Por fin, di término a la labor encomendada que, ¡vaya labor!, era mejor luchar contra los de enfrente que con los polvitos.*

Una ayuda más sofisticada cabía esperar de los suboficiales especialistas sanitarios profesionales, que prestaban servicio en este escalón y en los hospitales. Formalmente denominados «Practicantes de Medicina», estaban integrados en el Cuerpo de Auxiliares Subalternos Especialistas (CASE) y no eran numerosos, sino más bien todo lo contrario. A partir de 1942, la presencia de jóvenes universitarios con la carrera de medicina acabada o a punto de terminar que se incorporaban voluntarios a la DA disminuyó, y

<sup>22</sup> ZARCO MARTÍNEZ, Pío: «Mi llegada a Rusia», Boletín *Hermandad*, n.º 8 (2.ª Época), 1959.



para cubrir las plazas de «practicante» en los batallones solo se podía recurrir a profesionales de la milicia. A finales de 1942, por ejemplo, se le pidió al sargento sanitario navarro Gonzalo Pérez Vidaurreta –que era miembro de la Vieja Guardia de Falange y en ese momento tenía un cómodo destino en el Hospital Militar de Bilbao– que marchara a Rusia. «Como me piden mi conformidad por escrito, contesto con otro oficio con mi conformidad», Registró meticulosamente su experiencia en su inédito *Diario de Rusia*<sup>23</sup>. Al llegar al frente fue asignado como suboficial sanitario a la Plana Mayor del Batallón III/262°. Para fines de enero de 1943 Pérez Vidaurreta ya estaba integrado en la citada Plana Mayor y se familiarizaba con su nuevo destino. Su testimonio nos recuerda hasta qué punto la guerra es, también ella, una cuestión de papeleo: de mucho papeleo podríamos decir. En la entrada del 29 de enero de 1943 leemos:

*Viene el capitán médico y comenzamos a preparar el papeleo del pedido de medicamentos, de los partes que hay que dar cada 15 días al Jefe de Sanidad y al Estado Mayor; así como de las fichas que debemos entregar a cada herido o enfermo que mandamos al hospital. Todo lo encuentro un poquito complicado por ser muy distinto a lo que se hace en España*

Muy poco después de esta fecha, al casi recién llegado sargento le tocó pasar por la terrible experiencia de la batalla de Krasny Bor. Por fortuna para él, su unidad no sufrió tanto en aquella jornada como los demás batallones del sector. Aún así, al llegar la noche de aquel día 10 de febrero, dejó anotada en su diario la explicación de por qué hubo tanta confusión sobre las bajas de aquel aciago día:

*Por la noche me reúno con el médico y coincidimos en el trabajo y en haber mandado a todos al hospital sin ningún papel ni ficha, por no haber tiempo para ello, por lo que no es posible saber el número de muertos, heridos y desaparecidos, que no dudamos que tiene que ser grande.*

Entre el frente del río Vóljov, donde desplegó inicialmente la División Azul, y el de Leningrado, donde lo hizo después y que fue donde sirvió Gonzalo Pérez Vidaurreta había diferencias notables. En este último la proximidad del enemigo era realmente agobiante. Así se refleja en la entrada del 9 de marzo de 1943 del diario del último de los citados:

*Se marchan los camilleros con los heridos que teníamos y me quedo solo en el botiquín. El hospital está a unos 6 kilómetros y la carretera está a un*

<sup>23</sup> PÉREZ VIDAURRETA, Gonzalo: *Diario de Rusia, 1942-1943*, Texto Inédito. Consultado en el archivo de Pablo Sagarra.

*kilómetro del botiquín, por entre las trincheras, pero como el terreno es llano, todo está muy batido, por lo que no se puede andar más que una vez ha oscurecido ya que de día el peligro es grandísimo.*

La entrada del siguiente día, el 10 de marzo, nos revela otros aspectos —alguna macabro— de esta existencia en primera línea:

*A las 10 de la mañana vamos con el capitán médico a la primera línea y pasamos la revista sanitaria. Después presenciamos un espectáculo macabro, muy espeluznante. Vimos en una pequeña explanada entre las dos líneas unos 50 cadáveres de «ruskis», con el camuflaje blanco, los cuales fueron muertos en el mes de noviembre, en un golpe de mano, los cuales fueron cubiertos por la nieve y el hielo, por lo que no pudieron retirarlos. Regresamos a las 2, encontrando el bunker con mucha agua, sacamos más de cien cubos.*

En otros casos, el diario de Pérez Vidaurreta ofrece información no presente en otras fuentes, como la actividad de las unidades alemanas de desinfección sanitaria que a él, como profesional sanitario, le llamaron poderosamente la atención, sobre todo por el hecho de que actuaran tan en vanguardia. Con motivo del cambio de sector de su batallón, pudieron disfrutar de sus servicios, ya que el Grupo de Sanidad español no disponía de ninguna unidad especializada en la tarea<sup>24</sup>. Así lo vemos en la entrada del 12 de abril de 1943:

*A las 7 están formadas la plana mayor y dos compañías y me voy con todos a las cámaras de desinfección. Los encargados de su funcionamiento son alemanes y los que reconocen son médicos alemanes también. Yo soy el encargado de las listas, pasando por el aro todo el mundo, la oficialidad igual que todos. Las cámaras están en una vaguada y son cuatro pabellones unidos entre sí; en el primero se desnuda la gente y entrega la ropa y las mantas, las cuales, extendidas en un carrito con carriles, pasan automáticamente a la cámara de desinfección, para salir por otra puerta una vez desinfectadas. El personal pasa a otra habitación una vez desnudado, en la cual toma una buena ducha caliente, después pasa a otra habitación en la que están los médicos para reconocer a todos y mirarles con lupa todo el cuerpo, en particular las zonas donde hay pelos. Además, con unos pulverizadores pulverizan el cuerpo con un poderoso desinfectante, después se pasa a otra habitación en donde ya se tiene la ropa y las mantas completamente limpias y desinfectadas. Por*

<sup>24</sup> Se trataba de las llamadas *Entlausungskompanien* (Compañías de Despiojamiento) a disposición directa de los Grupos de Ejército. El del Norte contó con cinco de ellas. La que vio actuar Pérez Vidaurreta con total seguridad era la *Entlausungskompanie 72*, acantonada por aquellas fechas en Gatchina (Krasnogardeisk por entonces).

*la tarde vuelvo con otra tanda para lo mismo. Cada tanda tarda unas tres horas. Todo el mundo queda encantado y limpio por completo de piojos y de la suciedad de las trincheras.*

Si estando en la primera línea no era posible atender a civiles rusos (no los había allí), eso no significa que Gonzalo Pérez —como el resto del personal sanitario español— no se interesara por ellos. El 7 de mayo de 1943, en el curso de una visita a un colega de la retaguardia que vivía en una casa rusa, Pérez Vidaurreta se enteró que —pese a los cuidados de su compañero— un joven de la familia seguía sufriendo las consecuencias de una herida recibida por el bombardeo soviético del 10 de febrero en Krasny Bor, el día del gran ataque contra la División Azul. Los sanitarios alemanes que la atendieron tras la batalla, le habían hecho una cura superficial y mandado a su casa a continuación. Él estaba convencido de la necesidad de extraer del cuerpo de la joven la metralla que —estaba seguro— seguía allí; y actuó en consecuencia. En la entrada del 8 de mayo del diario de Gonzalo Pérez leemos:

*Comemos y a las 3 marchó a casa de la «pañenca»<sup>25</sup> y delante de la familia la opero con anestesia local, y después de mucho trabajar y hacerle una buena incisión de 6 cm paralela a las costillas y de 5 cm de profundidad, le saco el trozo de metralla que tenía alojado debajo de la octava costilla del lado derecho. Al ver el trozo de metralla fuera quedamos todos sorprendidos por sus dimensiones y peso (138 gramos). La familia no podía creer esto, ya que los alemanes le habían dado el alta por decir que estaba completamente curada. Después, no sabían cómo agradecermelo.*

El prestar tanto apoyo sanitario a la población civil como fuera posible era la norma de los españoles, y en este diario vemos como las campañas de vacunación se extendían también a los rusos. El día 5 de julio Pérez Vidaurreta escribía: «En este día empiezo otra vacunación, la anticolérica, comenzando por los militares y luego con los civiles». Y el 6 añadía: «Vacuno a la población civil, sin novedad»<sup>26</sup>.

### *Para ir concluyendo*

Si me lanzara al análisis de los demás escalones sanitarios, las Compañías de Sanidad, el Hospital de Campaña, los Hospitales de Evacuación

<sup>25</sup> En el argot divisionario, esta palabra de origen polaco se usaba para denominar a las chicas jóvenes.

<sup>26</sup> Esta y todas las citas precedentes, en PÉREZ VIDAURRETA, Gonzalo: *Diario de Rusia, Op. Cit.*

y los Hospitales de Convalecientes, me temo que no podría hacer nada mejor que parafrasear estudios como los del doctor Juan Manuel Poyato, del también doctor Ángel Carralero y el de Miguel García Díaz o el contenido de los libros citados en la Bibliografía y los artículos referenciados en la Hemerografía, un empeño redundante.

Más interesante que entretenerse con mis divagaciones, es leer en directo los textos de los médicos José Luis Álvarez-Sala, José Luis Cáceres, Servando Casas, José Cogollos, Enrique Errando, Vicente Jabonero, Juan Jiménez, Juan Laá, Fernando Lorente, Pedro Melendo, Armando Muñoz, Juan Pablo d'Ors, Antonio Pérez, Camilo Pintos, Alfonso Ribera y Luis Torres, todos ellos ya publicados. Sin olvidar tampoco a esos «protagonistas ausentes» que son los soldados y suboficiales sanitarios, como los testimonios de Blas Martín y José González recién publicados.

Querría ir concluyendo con pequeñas apostillas.

La primera lección que aprendió la Sanidad Militar española en Rusia, fue que el principio en que se basaba la logística sanitaria alemana era muy correcto: adelantar cuanto fuera posible la atención a los heridos en el campo de batalla, situando casi en sus inmediaciones los *Hauptverbandplatz* que montaban las Compañías de Sanidad y el Hospital de Campaña y, después, llevar a las bajas cuanto más a retaguardia mejor, y no dejar salir a estas de los hospitales de evacuación y de convalecientes hasta verificar una absoluta recuperación. Muchos médicos comprendieron que en España los hospitales de campaña desplegaban demasiado retrasados, y que además se incurría en el error de enviar a las bajas, apenas levemente recuperadas, de vuelta a primera línea.

Otra importante enseñanza fue la de ampliar la asistencia sanitaria a aspectos que apenas contemplaba nuestra Sanidad Militar, como la oftalmología y la odontología. Alfonso Ribera Sanchís señaló en el artículo que aparece en la Hemerografía nuestros déficits muy claramente. En el Ejército alemán cada división contaba con tres odontólogos distribuidos en las distintas subunidades del Grupo de Sanidad. Como él mismo señalaba, en la División Azul inicialmente solo se pudo contar con dos, y ambos eran voluntarios falangistas procedentes de la recluta de civiles. Uno era el mismo. El otro era José María Barrios García-Liévana. En el artículo citado, Ribera alababa tanto la disponibilidad de medios al alcance de los dentistas militares germanos (que describió con sumo detalle en su artículo), como el hecho de que los protocolos de actuación odontológicos de la *Wehrmacht* descartaran siempre que era posible la extracción, enfatizando en la necesidad de conservar las piezas dentales, algo muy distinto a lo que ocurría en

España con tremenda frecuencia, donde solo se iba al dentista cuando había que «arrancar». Para Ribera, y por comparación con la *Wehrmacht*,

*Son pavorosas las condiciones bucales de nuestros soldados. Difícil es emplear en ellos la orientación conservadora, unas veces por el estado de las piezas, otras –es bien triste– por la aversión a los manejos del odontólogo, demostrando aún el atavismo de prevención hacia el sacamuelas. Creen que todo sigue igual que hace seis u ocho lustros; nada hemos aprendido desde entonces; de nada –aparte la extracción– les podemos servir.*

Dejando de lado las consideraciones puramente profesionales del artículo de Ribera, en su muy sesudo y científico texto encontramos otros datos reveladores, al analizar las gráficas que lo acompañan, ya que estas incluyen los datos relativos a la asistencia odontológica a los rusos, no distinguiendo en ellos entre los prisioneros de guerra y los civiles. Sorprendentemente, en algún mes hay tantas intervenciones de nuestros odontólogos entre el personal militar de la División Azul como las realizadas en favor de rusos, civiles o prisioneros de guerra.

La asistencia médica en primera línea incluía servicios de oculista, que evocó en un artículo el capitán Camilo Pintos, citado en la Hemerografía, quien tuvo ocasión de colaborar con el albaceteño José Belmonte González, que también se había alistado en la División Azul como soldado, sirviendo en la Batería 3ª/250º. Pero, una vez en el frente, a José Belmonte se le retiró de la primera línea y se le puso a servir como el oftalmólogo que era. Tras su regreso, Belmonte se estableció en Alicante donde convirtió en un reputado oculista de prestigio nacional. El ya citado Muñoz Calero, entre las fuentes usadas para su libro sobre congelaciones, cita un informe oficial sobre su servicio en la División Azul del doctor Belmonte, que por desgracia no se ha podido localizar y que, como ocurre con tantos de estos documentos, es posible que se haya perdido irremediablemente.

Como hacían siempre los médicos españoles, la población civil rusa se beneficiaba también de estos servicios. El capitán Pintos, que fue uno de los impulsores de la Hermandad de la División Azul en Coruña, narró estos hechos en el boletín que editaba esa institución:

*Por lo que respecta a nuestra misión de oculista, ayudado por un buen amigo y colega de la especialidad, actualmente ejerciendo en Alicante [José Belmonte González], organizamos un servicio oftalmológico de vanguardia, en el que asistimos numerosos casos desagradables, tanto de un bando como de otro, pues la misión del médico es atender a todos, sin mirar a quien. Re-*

*uerdo a una anciana rusa con un glaucoma, que una vez operada me regaló un icono precioso, santiguándose y haciéndome santiguar ante el mismo.*

*En nuestras filas, los casos fueron más desgraciados, ya que desdichadamente han existido muchos casos de pérdida completa de la visión, a más de otras mutilaciones. Al lado de estos casos desdichadamente malos, existieron otros muchos coronados por el éxito, tales como la curación de cegueras momentáneas, y a veces duraderas, ocasionadas unas por la nieve, otras por la avitaminosis, que respondían francamente bien al tratamiento. Y aún otros casos de etiología psicógena, que fueron curados totalmente y de manera espectacular por sugestión, después de simular una intervención quirúrgica.*

De la misma manera que ninguna división española había contado antes con un Grupo de Sanidad tan potente en medios y personal como el de la División Azul, se puede asegurar que nunca antes una división española había dispuesto de su propio Grupo de Hospitales, que llegó a sumar 2000 camas. Entre los oficiales que ocuparon su mando estaba el teniente coronel médico Pellicer, que a su regreso a España entregó un extenso y meticuloso informe, *Memoria sobre organización de los Hospitales de la División Española de Voluntarios de Rusia* ya citado antes y que aparece en el apartado de Fuentes Inéditas, sobre la actividad de estas instituciones sanitarias, acompañado de un análisis del funcionamiento de los servicios sanitarios alemanes. Informe modélico, riquísimo en datos, analiza los más variados aspectos (desde la alimentación a las prácticas de fisioterapia, muy desarrolladas en los hospitales de Alemania y que sugirió extender en España, pasando por abundantes estadísticas e incluyendo, claro, descripciones detalladas de cada hospital y sus medios). Es imposible escribir sobre la actividad sanitaria de la División Azul sin estudiarlo a fondo. Hay que desear que algún día se publique (así como que aparezcan otras memorias análogas). En el citado también sale a relucir su orgullo español al valorar las cualidades de nuestros soldados:

*Como colofón de este estudio sobre el consumo de vitaminas, señalaré que en Alemania se dice que España es la reserva de vitaminas de Europa. En efecto, en nuestra tierra hay frutas en extremadas cantidades, algunas de ellas como las naranjas de fácil exportación y conservación. También abundan los tomates, limones, etc. Siendo España la reserva de vitaminas, según se dice en Alemania, como queda señalado, no se ha dicho todavía sin embargo que España posee también la gran reserva espiritual de Europa. Nuestra espiritualidad es tan importante como las vitaminas. Podrá una potencia estar organizada, podrá tener lo necesario para ser fuerte, pero como un cuerpo robusto, bien alimentado, necesita la vitamina, así también el Estado*

*no puede prescindir de un poco de espiritualidad. En nuestras vitaminas espirituales tienen puesta también su fe estos valientes de la División Azul, bajo el mando de sus prestigiosos generales, Muñoz Grandes y Esteban Infantes, todo dinamismo y espiritualidad, que han sabido inculcar a nuestros heroicos compatriotas dosis en alto grado de esta vitamina, conduciendo a la victoria constante a estas fuerzas españolas que luchan en Rusia, que son admiradas por el ejército más potente del mundo.*

Uno de los mejores oficiales médicos que pasaron por las filas de la División Azul, y que ha sido evocado aquí, fue el capitán José Manuel de Cárdenas Rodríguez. Como afamado cirujano que era, su presencia en el Grupo de Sanidad 250º despertó celos profesionales en alguno de sus superiores. Por otra parte, como casi todos los oficiales médicos de cierto rango, prestó servicio tanto en el frente como en los hospitales de retaguardia. Era un hombre no solo de una amplia cultura, sino también de una fina sensibilidad. El diario que llevó durante la campaña (no cubre todo su periodo de servicio) es una pequeña joya de la memorialística divisionaria, que merecería una edición completa. Aunque no tenía empacho en reconocer en su diario las situaciones de auténtico miedo que sufrió al verse expuesto al fuego enemigo, cuando le tocó abandonar el hospital de campaña para pasar con su equipo quirúrgico a uno de los de retaguardia, escribió<sup>27</sup>:

*Yo vuelvo a retaguardia. Me da pena. Me cuesta dominar mi emoción. Ahora van a comenzar las operaciones. He cogido un gran cariño a mi División y en ella he pasado ratos amargos y muchos momentos felices. Yo creo que lo solamente amargo o lo solamente alegre no deja residuo alguno de nuestro corazón. En mis cuatro meses y medio de Grigorovo hubo de todo. Amargos, como los que me proporcionó, llenándome de vergüenza, la conducta indigna de [comandante Servando] Casas [Fernández], su lenguaje, sus actitudes, sus intenciones. Tristezas, las mayores de mi vida, cuando se morían mis heridos y cuando los veía sufrir y mis conocimientos no bastaban a atajar su dolor. No pueden olvidarse las noches en claro en la sala de operaciones. El volver agotado de trabajar, tras las horas sobre la mesa de operaciones y el oír, al ir a meterme en la cama, la llegada de la nueva ambulancia, con más heridos.*

*Cuántas veces el insomnio vencía a mi cansancio, espoleado por la preocupación por la evolución de mis operados; la angustia de los incurables, la inquietud ante los heridos de vientre, la impaciencia por el hemorrágico, la sensación de impotencia y de ignorancia ante el que había que operar ma-*

<sup>27</sup> Referenciado en las fuentes inéditas, al final de este texto.

*ñana... y si esto fuese poco, las noches en la trinchera, con el barro hasta las rodillas y la murga molesta de los mosquitos, mientras la aviación nos daba pasada tras pasada, la artillería retumbando al amanecer...*

*Y al lado de esto, lo bueno, el campo hermoso, los buenos amigos, el agradecimiento de mis operados, las operaciones que salían bien... No sé... quiero recordar, me parece que el día más feliz fue aquel en que suturé una arteria que había sido interrumpida por un tiro. Los dos cabos, sangrantes, distaban uno del otro cerca de dos centímetros; la empresa era difícil, pero me decidí, y logré hacer el nuevo empalme y suturar la arteria interrumpida; luego la emoción de soltar el tubo compresor y ver reanudarse, de nuevo, el pulso de la muñeca.*

*Mil cosas más, mil impresiones distintas se me agolpan ahora en el recuerdo. Todo no se puede escribir, pero, desde luego, creo que toda mi vida quedarán estos meses de Grigorovo como algo verdaderamente inolvidable.*

La campaña en Rusia fue durísima. También para los sanitarios españoles. Pero para la mayoría de ellos, como para De Cárdenas, fue una experiencia que no quisieron olvidar. Creo que los actuales sanitarios militares españoles deben seguir estudiando esta campaña, por remota que parezca. La aparición de los artículos de A. Lisbona, por una parte, y del firmado por el equipo compuesto por J. M. Tamburri, J. M. García, R. Navarro y R. García –referenciados en la Hemerografía– sugiere que nuestros sanitarios militares siguen interesados en el tema, y yo confío en que así sea.



## BIBLIOGRAFÍA

- CABALLERO JURADO, Carlos: *Atlas Ilustrado de la División Azul*, Susaeta Ediciones. Madrid, 2009.
- : *División Azul. Estructura de una fuerza de combate*. Galland Books, Valladolid, 2011.
- : *La División Azul, de 1941 a la actualidad*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2019.
- CÁCERES GARCÍA DE VIEDMA, José Luis: *Diario de Campaña de un médico de batallón*. Vicente Sanjuán Ediciones, Alicante, 2017.
- CARRALERO DAFFOS, Ángel: *El Servicio de Farmacia de la División Azul*. Fajardo el Bravo Editorial, Lorca, 2017.
- COGOLLOS VICENS, José: *¿Por qué? y ¿para qué?* Edición del autor, Valencia, 1985.
- ERRANDO VILAR, Enrique: *Campaña de Invierno*. Editorial José García Perona, Madrid, 1943.
- GARCÍA DÍAZ, Miguel: «Las enfermeras de la División Azul». En SAGARRA RENEDO, Pablo: *26 Estudios Históricos sobre la División Azul*. Galland Books, Valladolid, 2021
- : *Ángeles en el Frente del Este. Las enfermeras de la División Azul (1941-1944)*, Amazon, s/l, 2022.
- MARTÍN JAUME, Blas y GONZÁLEZ GRAS, José: *¡Sanitario!, ¡Sanitario! Los soldados de Sanidad de la División Azul*, Vicente Sanjuán Ediciones, Alicante, 2023.
- MORENO FERNÁNDEZ-CAPARRÓS, Luis Ángel y ALONSO FERMOSSO, Heliodoro: *Historia ilustrada de la Veterinaria Militar Española*, (dos volúmenes). Secretaria General Técnica, Ministerio de Defensa, Madrid, 2020
- MUÑOZ CALERO, Armando: *Congelaciones*. Imprenta Provincial, Madrid, 1945.
- ORS PÉREZ, Juan Pablo d': *Diario de un médico español en Rusia*. Ediciones Deportivas A.L.G., Madrid, 1960.
- PÉREZ DE OTEYZA, Jaime (editor): *Un médico en el frente de Leningrado. Diario del Dr. Antonio Pérez Gila*. CEU Ediciones, Madrid, 2023.
- POYATO GALÁN, Juan Manuel: *Bajo el Fuego y sobre el Hielo. La sanidad en la campaña de la División Azul*. Actas Editorial, Madrid, 2015.
- : «Sanidad Militar española en el Frente del Este: modernidad y tenacidad contra los elementos, entrega y abnegación en campaña». En: SAGARRA RENEDO, Pablo: *26 Estudios Históricos sobre la División Azul*. Galland Books, Valladolid, 2021.
- ROMEU FERNÁNDEZ, Montserrat: *Relato de un viaje*. Ediciones Picaflor, Ronda, 2007.

## HEMEROGRAFÍA

- ALCARÁZ DE LUNA, Antonio: «Un puesto de socorro en el Frente del Este», en *Hoja de Campaña*, n.º 69, 30 de mayo de 1943.
- ÁLVAREZ-SALA MORIS, José Luis: «Memorias del Viaje a Rusia de la Escuadrilla Azul», I a XI, en *Boletín Blau División*, N.º 740 a N.º 751, 2021-2022.
- BESCÓS TORRES, Jesús: «Misiones de la Sanidad Militar española en el extranjero: la Sanidad Militar en la División Azul», en *Medicina Militar. Revista de Sanidad de las Fuerzas Armadas de España*. Volumen 51º, n.º 2, 1995.
- CARRALERO DAFFOS, Ángel: «El servicio de tropas antiguas en la División Azul», en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, N.º 96, 2018.
- CASAMAYOR RODRÍGUEZ, Enrique: «Medico de Batallón», en *Hoja de Campaña*, N.º 65, de 29 de abril de 1943.
- CASAS FERNÁNDEZ, Servando: «Empleo táctico del Grupo de Sanidad de la División Española de Voluntarios», en *Ejército*, N.º 38, 1943.
- COGOLLOS VICENS, José: «M.<sup>a</sup> Luisa Aramburu, enfermera de la División Azul», en *Boletín Blau División*, N.º 286, 1983.
- : «Una enfermera letona de la División Azul». en *Boletín Blau División*, N.º 284, 1983.
- GIL MARTÍN, Ángel Eustaquio: «La División Azul y sus enfermeras», en *Boletín Blau División*, N.º 111, 1968.
- IBÁÑEZ CAGNA, César: «Nuestras Enfermeras», en *Boletín Blau División*. N.º 388, 1991.
- JABONERO SÁNCHEZ, Vicente: «Servicio sanitario en el Batallón durante la campaña de Rusia», en *Ejército*, N.º 32, 1942.
- : «Material sanitario de Batallón», en *Ejército*, N.º 45, 1943.
- JIMÉNEZ TORRES, Juan: «La cirugía de guerra en la División Española de Voluntarios», en *Ejército*, N.º 44, 1943.
- LAÁ INFANTE, Juan: «Impresiones. Diario personal de la División Azul», I a V, en *Boletín Blau División*, N.º 762 a N.º 766, 2023.
- LISBONA GIL, A.: «La última baja de la División Azul. De la metralla al hepatocarcinoma», en *Sanidad Militar. Revista de Sanidad de las Fuerzas Armadas de España*. Volumen 68, N.º 2, 2012.

- LORENTE SANZ, Fernando: «Sobre la distribución de los servicios quirúrgicos en la División de Voluntarios Españoles, campaña 1941-1942», en *Revista Española de Medicina y Cirugía de guerra*, N.º 50, 1942.
- MELENDO ABAD, Pedro: «Problemas sanitarios en frentes defensivos», en *Ejército*, N.º 68, 1945.
- PARRILLA NIETO, Miguel: «Paz Ramos-Yzquierdo. Una enfermera en la División Azul», en *Boletín de la Hermandad Nacional de Sargentos Provisionales*, N.º 107, 1999.
- PINTOS CASTRO, Camilo: «Médicos en la División», en *Spansky Jarascho*, N.º 12, 1961.
- POYATO GALÁN, Juan Manuel: «Logística sanitaria bajo cero. Organización y Gestión Sanitaria de Combate. La División Azul en el frente ruso (1941-1943)», en *Revista Española de Historia Militar*, N.º 60, 2005.
- : «Logística Sanitaria en el Frente de Rusia. Estructura y funcionamiento del Grupo de Sanidad de la División Española de Voluntarios (1941-1943)», en *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, N.º 61, 2006.
- : «Combat Urology in World War II. Urinary Pathology at the Russian Front», en *De Historia Urologiae Europaeae*, History Office – European Association of Urology Vol, XVI, 2009.
- : «Pediatras en el Frente del Este (1941-1943): Cuento de hadas español para unos tristes niños rusos» en *Ejército*, N.º 919, 2017.
- RIBERA SANCHIS, Alfonso: «Recuerdos sobre la campaña odontológica en el Frente del Este». I: *Revista Española de Medicina y Cirugía de guerra*, N.º 72 (1944); y II: *Revista Española de Medicina y Cirugía de guerra*, N.º 73 (1944).
- TAMBURRI BARIAIN, J.M.; GARCÍA ELORZ, J.M.; NAVARRO SUAY, R. y GARCIA CAÑAS, R.: «El apoyo sanitario de la División Española de Voluntarios (1941-1943). Elementos para una revisión», en *Sanidad Militar. Revista de Sanidad de las Fuerzas Armadas de España*. Volumen 73, N.º 2, 2017.
- TORRES MARTY, Luis: «Consideraciones sobre el reglamento alemán de inválidos de guerra aplicables a los soldados de la División Española de Voluntarios», en *Revista Española de Medicina y Cirugía de guerra*, N.º 49, 1942.
- : «Estado actual de nuestros conocimientos sobre congelaciones y heladuras», en *Revista Española de Medicina y Cirugía de guerra*, N.º 50, 1942.
- : «Extracción a cielo abierto de un proyectil de mortero enclavado en el abdomen. Nota Clínica. División Española de Voluntarios», en *Revista Española de Medicina y Cirugía de guerra*, n.º 51 (1942).

*FUENTES INÉDITAS*

- BESCOS TORRES, Jesús: *La Sanidad Militar en la División Azul*. (1989) Archivo Fundación División Azul.
- CÁRDENAS RODRÍGUEZ, José Manuel: *Diario. Febrero-Noviembre 1942*. Copia en el archivo de Pablo Sagarra.
- : *Libro Registro del Equipo Quirúrgico n.º 9, 1942*. Copia en el archivo de Santiago Cogollos.
- GARCÍA BRAVO FERRER, José María: *Algunos recuerdos de mi campaña de Rusia*. Sevilla, 2005. Copia en el archivo de Juan Manuel Poyato.
- GÓMEZ ULLA, Mariano: *Informe sobre el funcionamiento de los Servicios Sanitarios de la División Española de Voluntarios*. Fechado a 10 de marzo de 1942. Archivo Histórico Municipal de Cádiz, Fondo General Varela, Caja 115.
- LEIRO NOGUEIRA, Félix: *Diario de Campaña, 194*. Copia en el archivo de Pablo Sagarra.
- PELLICER TABOADA, Ramón: *Memoria sobre organización de los Hospitales de la División Española de Voluntarios de Rusia*. Madrid, 1943. Copia en el archivo de Santiago Cogollos.
- PÉREZ VIDAURRETA, Gonzalo: *Diario de Rusia, 1942-1943*. Copia en el archivo de Pablo Sagarra.